



# Relevancia de la racionalidad práctica en la economía

Ricardo F. Crespo\*

Recibido: 5-12-2007 - Aceptado: 3-01-2008

*La economía moderna se ha impuesto la presión de ser una ciencia exacta y por ese motivo ha perdido realismo. Para conseguirlo ha puesto entre paréntesis los fines de la acción humana, que habían sido tenidos en cuenta desde Aristóteles a los economistas clásicos. Sin embargo, algunos economistas actuales han advertido los problemas que esto lleva consigo y han intentado recuperar la cuestión de los fines para la economía. Ahora bien, esa recuperación requiere un tratamiento metodológico adecuado de los fines. En ese ámbito las comparaciones que implican cualquier decisión conllevan una serie de limitaciones. En este trabajo se expondrán esas dificultades y el modo de solucionarlas desde la filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino. Finalmente se apuntarán someramente algunas posibles consecuencias para la ciencia económica contemporánea.*

**Palabras clave:** *Fines en la economía, Ciencia práctica, Conmensurabilidad, Comparabilidad.*

\* Ricardo F. Crespo es profesor de filosofía y de economía en la Universidad Austral de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza (Argentina) (rcrespo@iae.edu.ar).

Versiones anteriores del argumento central de este trabajo fueron expuestas en la 2006 INEM Conference, Grinnell College, Iowa y en la XLI Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política, Salta, 2006. También se expuso en Seminarios del Instituto de Empresa y Humanismo, Universidad de Navarra, del Departamento de Filosofía, Universidad de Navarra, del Instituto Francisco de Vitoria, Madrid y del *Amsterdam Research Group in History and Methodology of Economics, Universiteit van Amsterdam*, durante los primeros meses de 2007. Se agradecen los comentarios, entre otros, de Luisa Montuschi, Eugenia Perona, Alejo Sison, Ana Marta González, Alfredo Cruz Prados, Alejandro Vigo, Rafael Alvira, Marcel Boumans, Félix-Fernando Muñoz y Rafael Rubio de Urquía. Más recientemente, los de Javier García Sánchez y Gabriel Zanotti en conversaciones personales. También agradezco a dos evaluadores anónimos los excelentes comentarios que hicieron.



**36** *Modern Economics trying to be an exact science has lost realism. For the sake of exactness, it has put into brackets the aims of human action which had been considered from Aristotle to the classical economists. Some contemporary economists, however, have realized the problems of that isolating of aims and are trying to reconsider them. This rehabilitation of ends requires an appropriate methodology because the comparison of ends implies some difficulties. In this paper these difficulties are exposed and a way to solved them, relying on Aristotle and Aquinas, is proposed. Finally, some consequences for today Economics will be sketched.*

**Keywords:** *Ends in Economics, Practical science, Commensurability, Comparability.*

### La economía y los fines

La cuestión del tratamiento científico de la acción humana ha supuesto siempre una tensión. Mientras que, como afirma Aristóteles en muchos pasajes, la acción humana es esencialmente singular, la ciencia necesita universalizar. Quizás esta tensión se ha trasladado a las discusiones acerca del carácter o tipo de científicidad de la ciencia práctica aristotélica. En cualquier caso, más allá de estas discusiones, esta claro que la ciencia práctica, en cuanto más práctica es, es menos científica y en cuanto más científica, menos práctica.

El carácter singular de la acción humana viene dado por la consideración de su finalidad. El carácter voluntario, libre y adaptado a las circunstancias concretas de la acción humana le imprime su singularidad. En efecto, Aristóteles señala que “cuando se trata de acciones lo que se dice en general tiene más amplitud, pero lo que se dice en particular es más verdadero, porque las acciones se refieren a lo particular”<sup>1</sup> y luego agrega que “las acciones estriban en lo individual, y esto es en este caso voluntario”<sup>2</sup>. Santo Tomás de Aquino comenta que aquellas consideraciones generales acerca de las acciones son

<sup>1</sup> *Ética Nicomaquea* II, 7, 1107a 31-33.

<sup>2</sup> *Ética Nicomaquea* III, 1, 1110b y ss. Véase también *Ética Nicomaquea* VI, 7, 1141b 14-15.



inútiles, “quia non consequuntur finem suum qui est directio particularium operationum”<sup>3</sup> (“porque no se refieren a su fin, que es la dirección de las acciones particulares”). Por eso, para el lógico norteamericano Willard Van Quine, si hubiera una ciencia humana que buscara la precisión propia de leyes auténticas, debería prescindir de cualquier referencia a intenciones, propósitos y razones para la acción<sup>4</sup>.

La economía ha pretendido precisamente esto: la exactitud de auténticas leyes. Por ello, tal como bien expresaba Lionel Robbins en su *Ensayo* de 1932, ha tomado los fines como dados y se ha ocupado sólo de la adecuación o asignación de los medios a los fines<sup>5</sup>. Ésta es la manera de convertir un asunto práctico en uno técnico, susceptible de una solución exacta y eficiente. La tendencia a querer analizar técnicamente la acción humana y a hacerla completamente predecible es muy vieja. Ya está presente en el *Protágoras* de Platón<sup>6</sup>.

Hay un modo de obtener generalizaciones no universales acerca de la acción humana que se ha desarrollado modernamente: a través del concepto de probabilidad y los instrumentos de la estadística. Los hábitos humanos, que tienen una relación causal bi-direccional con la educación, la cultura, las normas sociales y las instituciones, dan lugar a tendencias. La naturaleza física también presenta tendencias (climáticas, ciclos productivos, etc.). El científico social puede trabajar legítimamente con ambas tendencias. Pero, como dice el filósofo alemán Wolfgang Wieland, “tales regularidades [estadísticas] valen siempre para totalidades, y excluyen una aplicación inmediata a los

3 *In Decem Libros Ethicorum Aristotelis an Nicomachum Expositio* L. II, l. VIII, 334.

4 Quine, W.O. van (1960), cap. 6, especialmente el n. 45, pp. 216-222.

5 Robbins, L.C. (1984).

6 Nussbaum, M.C. (2001).



**38** elementos individuales que constituyen esas totalidades”. Estas regularidades no dan lugar a teorías universales estrictas, aplicables sin más a los casos particulares<sup>7</sup>. El científico social no puede olvidar esa limitación. El individuo del estadístico es indiferenciado, no identificado. El individuo real se enfrenta a la contingencia. Por eso, ese científico ha de tener en cuenta que su tarea acaba en la faz explicativa; no puede prescribir. Esta última es tarea del individuo o del político.

Esta restricción estaba clara para John Maynard Keynes, quien afirmaba en su *Treatise on Probability* que “la probabilidad comienza y acaba en probabilidad”<sup>8</sup>. “Esto es debido al hecho de que una inducción estadística no es realmente sobre ningún caso particular, sino sobre una serie sobre la que generaliza”<sup>9</sup>.

¿Qué nos dice todo lo anterior? Que aunque es legítimo hacer estadística no hay que olvidarse de que la estadística es sólo estadística, es decir, historia de hechos externos y no teoría universal. Y en el campo económico, donde precisamente el énfasis está puesto en la creatividad y la innovación, lo que se busca es quebrar la estadística. Lo contingente es real y bien interesante, porque es lo que “hace la diferencia”. Esta contingencia proviene fundamentalmente de los fines de las acciones individuales. No excluyo que mediante la estadística se pueda captar alguna relación causal que vaya más allá de la pura descripción histórica. Pero esa relación causal en el ámbito de lo humano no es apodíctica sino fluctuante. Por tanto, la teoría económica (y cualquier teoría social o de la acción humana, ya sea teo-

7 Este tema está muy bien tratado por Alasdair MacIntyre en *Tras la Virtud*, capítulo 8 y por Wolfgang Wieland en “El individuo y su identificación en el mundo de la contingencia”. Agradezco a Alejandro Vigo que me diera a conocer este último texto.

8 Keynes, J.M. (1973), p. 356

9 Keynes, J.M. (1973), p. 450.



RELEVANCIA DE LA RACIONALIDAD PRÁCTICA EN LA ECONOMÍA

39

ría de la elección racional, o estratégica, o teoría de juegos) será siempre inexacta, pero no por eso inútil<sup>10</sup>. Es de destacar la claridad y equilibrio de Keynes en esta materia: “Aunque la naturaleza tiene sus hábitos, debido a la recurrencia de las causas, son generales, no invariables. Sin embargo, el cálculo empírico, aunque inexacto, puede ser adecuado para los asuntos prácticos”<sup>11</sup>.

Para evitar estas inexactitudes la economía toma los fines como dados comenzando a trabajar con un mapa de preferencias consistentes que considera como un dato. Dado ese mapa se pueden representar las elecciones como la maximización de una noción homogénea común denominada utilidad o valor<sup>12</sup>.

Pero algunos economistas se dan cuenta de que este procedimiento no expresa lo que pasa en la realidad. Max Weber señala en *Economía y sociedad* que “el aspecto más esencial de la *acción económica para fines prácticos* es la elección prudente de los fines. La acción económica está orientada primariamente al problema de la elección del fin (...) y la tecnología a la elección de los medios apropiados”<sup>13</sup>. Weber era economista<sup>14</sup> y sociólogo. Otro sociólogo, Talcott Parsons, hace notar que los fines de Robbins no son verdaderos fines, porque sólo se conocen *a posteriori*; son un resultado, no un fin<sup>15</sup>. El viejo economista de Chicago, Frank Knight, advierte que si los fines son dados, no son fines y que los fines se redefinen en el

10 Fuera de algunas pocas “constantes antropológicas”, basadas en la naturaleza humana, que son el verdadero fundamento de una posible “praxeología”.

11 Keynes, J.M. (1973), p. 402.

12 Robbins, L.C. (1984), p. 15, p. 30.

13 Weber, M. [1922 (1978)], pp. 66 y ss. La cursiva es mía.

14 Weber comienza su conferencia acerca de la ciencia como vocación afirmando “nosotros, los economistas”.

15 Parsons, T. (1934).



**40** curso de la misma acción<sup>16</sup>. James Buchanan (otro economista “profundo”, premio Nobel en 1986) desarrolla el mismo argumento<sup>17</sup>. Amartya Sen, al proponerse como objetivo económico-social alcanzar para todos los agentes un conjunto de capacidades que han de ejercitarse libremente, también se está ocupando de los fines. Otros se han planteado como asuntos de la economía la felicidad, al darse cuenta de que el crecimiento económico no hace igualmente felices a todos (más aún, las estadísticas muestran algunas correlaciones negativas). Recientemente, también, aparecen economistas que quieren tratar cuestiones como el altruismo y la reciprocidad, que también implican la consideración de los fines.

En el ámbito filosófico, por ejemplo, David Wiggins y Elizabeth Anderson, sostienen que los fines y los medios interactúan<sup>18</sup>. Para Anderson, “actuar en base a juicios así truncados [sin considerar los fines] sería una locura”<sup>19</sup>. Esto no significa tampoco, pues sería otra

<sup>16</sup> Knight, F. (1956), pp. 128-129.

<sup>17</sup> Buchanan, J.M. (1987).

<sup>18</sup> Dice Wiggins: “en el caso no técnico tendré habitualmente una descripción extremadamente vaga de algo que quiero -una buena vida, una profesión que me satisfaga, un fin de semana interesante, una tarde entretenida- y el problema no será ver [como es en el caso técnico] qué será causalmente eficaz para conseguirlos, sino qué *califica* realmente como una especificación adecuada y realizable de lo que satisfaría ese querer. La deliberación es aún una *zétesis*, una búsqueda, pero no es primariamente una búsqueda de medios. Es la búsqueda de la mejor especificación. Hasta que no haya especificación no hay lugar para los medios. Cuando se consigue, puede comenzar la deliberación medios-fines, pero las dificultades que surjan en ésta, me llevarán muchas veces a volver a una especificación del fin mejor o más factible, y todo el interés y dificultad del asunto será la búsqueda de adecuaciones apropiadas, no sus secuelas técnicas en la relación medios-fines”. Wiggins, D. (2002), p. 225. La postura especificacionista, como sostendré, no es la más feliz, pero los ejemplos son buenos.

<sup>19</sup> Anderson, E. (2005), p. 8.



locura, que la deliberación sobre los fines nunca acabe. Llevaría a una parálisis. Tampoco significa que no se pueda hacer un corte analítico de la acción por fines teóricos. Pero no hay que olvidar que se trata de una teoría que no puede pasar de la generalización.

41

### Racionalidad técnica, racionalidad práctica, conmensurabilidad y comparabilidad

Es de celebrar que los economistas comiencen a ocuparse de los fines. Pero la celebración puede trocarse en lamento si no se tiene en cuenta que la racionalidad propia de la adecuación de medios a fines usada habitualmente en economía (racionalidad técnica o instrumental), tiene una estructura o lógica distinta de la llamada racionalidad práctica. Dice Aristóteles al comienzo del libro VI de la *Ética Nicomaquea*: “La disposición racional apropiada para la acción [*hexis logou praktiké*] es cosa distinta de la disposición racional para la producción [*poietikês*]”<sup>20</sup>. Escribe Santo Tomás de Aquino: “la razón procede de un modo en el ámbito de lo técnico y de otro en el ámbito de lo moral”<sup>21</sup>. Aunque racionalidad técnica y práctica son dimensiones o usos de la misma razón y acción, sus “estructuras” difieren. Podría suceder que los economistas apliquen la racionalidad instrumental a la elección de fines, tratándolos como si fueran medios sustituibles y maximizables (como hacen algunos autores de las teorías de la felicidad, tratando de calcular una “función de felicidad”). Sin crítica esta estrategia, que es la propia del consecuencialismo. Advierte en muchos de sus escritos que, frente a la realidad de la heterogeneidad de los fines, no cabe acudir a estos instrumentos. Sin embargo, él mismo no consigue aportar una solución adecuada. Sabina Alkire, economista de su corriente (el enfoque capacidades) expresa muy bien el problema:

<sup>20</sup> *Ética Nicomaquea* VI, 1140a 2-5.

<sup>21</sup> *Summa Theologiae* I IIae., q. 21, a. 2 ad 2.



42 “El enfoque capacidades concibe la reducción de la pobreza como una tarea multidimensional. Es decir, reconoce que más de un bien humano (la diversión, el conocimiento, la salud, la participación en el trabajo) tiene un valor intrínseco en la sociedad, y que el conjunto de los fines valorados y sus pesos relativos varían según los individuos y las culturas. Pero si los fines humanos son de diverso tipo y no pueden ser representados adecuadamente por una medida común como el ingreso o la utilidad, se nos crea un problema. Se hace imposible elegir “racionalmente” entre diversas opciones que persiguen conjuntos diferentes de fines, si uno entiende por racional lo que entiende la teoría de la elección racional: la identificación y elección de la opción máximamente eficiente o productiva”<sup>22</sup>.

Por eso es relevante entender las diferentes racionalidades. El esquema o estructura más sencillo es el de la racionalidad técnica: dado el fin o los fines, esta racionalidad trata de determinar cuáles son los medios apropiados para alcanzarlo/s. La producción nos habla de un fin diverso a ella misma<sup>23</sup>. La dimensión técnica considera, planea y obtiene un resultado. Para la racionalidad técnica los medios y fines vienen dados, no son elegidos y la pregunta es cuáles son los medios para alcanzar los fines. La racionalidad técnica puede no contentarse con averiguar cuáles son los medios sino también tratar de sacarles el mayor provecho posible. El mayor aprovechamiento de los medios disponibles conduciría a la consecución de la mayor satisfacción de fines posible. Es la operación que en economía se denomina maximización. Supone la determinación de un baremo común a maximizar. “La razón, dice Santo Tomás, en las cosas artificiales se ordena a un fin particular”<sup>24</sup>.

22 Alkire, S. (2002), pp. 85-86. En términos técnico económicos hablaríamos de la imposibilidad de maximizar un conjunto de vectores de utilidad sin una unidad escalar.

23 *Ética Nicomaquea* VI, 5, 1140b 6.

24 *Summa Theologiae* I IIae., q. 21, a. 2 ad 2.



El fin de la acción es ella misma<sup>25</sup>. La dimensión práctica no maximiza, sino que armoniza, coordina, alinea y ordena aquellas cosas que sirven y de algún modo constituyen el fin que es la misma acción. Se debe agregar que, mientras que la razón práctica, como ya dijimos, puede alcanzar una excelencia (que podríamos asimilar a la maximización), la práctica está sujeta a las inexactitudes propias de la materia: “mientras que existe una excelencia del arte *-technes-* no la hay de la prudencia”<sup>26</sup>.

En relación a la felicidad Aristóteles considera fines de segundo orden, es decir, fines deseados en sí mismos y también en orden al alcance del último fin: el honor, la belleza, la salud. ¿Cómo los ordena la razón práctica? Por su contribución a ese último fin o felicidad. ¿En qué radica la felicidad del hombre? Primeramente, Aristóteles señala la vida virtuosa. Más adelante sostiene: “la contemplación y la meditación que tienen su fin en sí mismas y se ejercitan por sí mismas”<sup>27</sup>. Para Aristóteles éste es el acto más perfecto, en el que radica la felicidad<sup>28</sup>. Pero ambos ideales -vida activa y contemplativa- son compatibles según la interpretación de muchos autores aristotélicos. La clave es que no hay otro fin más allá. “El fin último de la vida práctica -señala A. Vigo- debe ser representado como un fin deseado sólo por sí mismo y no como medio para otra cosa, mientras que todo lo demás ha de ser deseado también por causa de o con vistas a ese fin”<sup>29</sup>. Este último fin se constituye en el criterio de alineación del resto de los fines. Este conjunto conforma la constelación de los fines prácticos.

25 *Ética Nicomaquea* VI, 5, 1140b 7.

26 *Ética Nicomaquea* VI, 5, 1140b 21-22.

27 *Política* 1325b 16-20.

28 Sin embargo, es contemplación de algo exterior al sujeto. La felicidad entraña un cierto “descentramiento”, expresión que tomo de Martínez Barrera, J. (2004).

29 Vigo, A. (1997), p. 42.



**44** Ahora bien, esos fines alineados según su contribución a la felicidad no se pueden comparar u ordenar cuantitativamente. No son intercambiables ni reducibles a una unidad maximizable. Sólo podríamos aspirar a optimizarlos (alcanzar la combinación mejor, no la mayor). Para algunos autores se presenta entonces el problema de cómo sopesarlos, cómo juzgar cuánto de cada uno se ha de elegir para alcanzar el fin último. Este problema puede provenir de una interpretación “inclusivista” de la felicidad en Aristóteles<sup>30</sup>. Esta posición sostiene que la felicidad se compone de un conjunto de “fines constitutivos” o de segundo orden. En cambio, Kraut sostiene una visión de la felicidad como un fin dominante al que se subordinan los fines de segundo orden<sup>31</sup>. La felicidad es la propia del hombre bueno (*spoudaios*), que ve la verdad en todas las cosas<sup>32</sup>, y tiene dos dimensiones, la vida virtuosa y la vida teórica. Ya explicaré por qué pienso que la confusión entre inconmensurabilidad e incomparabilidad y la creencia en la vigencia de ambas está relacionada con una interpretación inclusivista de la felicidad en Aristóteles.

Comparar es establecer similitudes y diferencias entre cosas atendiendo a diversos criterios. Se puede comparar cuantitativamente (más extenso, más rápido, etc.), o mediante otra categoría que se les predique. La comparación cuantitativa es la conmensuración. Dentro de la segunda posibilidad, podemos distinguir una comparación cuanti-cualitativa (más coloreado, caluroso, etc.) y otra por prioridad establecida por un “meta-criterio” (más o menos substancial, bueno o feliz); la segunda es la comparación por grado de intensidad de la cualidad; y la tercera es la comparación por prioridad o posición. Analicemos cada una de éstas.

---

30 Ackrill, J.L. (1980), p. 19, p. 21, p. 22.

31 Kraut, R. (1989), *passim*. Debo a Alejandro Vigo el conocimiento de este problema y la conciencia de su relevancia.

32 *Ética Nicomaquea* III, 4, 1113a 24.



## I. La conmensuración

Para Aristóteles, la conmensuración supone una medida común que compartan las cosas conmensuradas. Dice en la *Metafísica*: “la medida es siempre del mismo género (*syngenes*)... la de peso un peso, la de unidades, una unidad”<sup>33</sup>. Por eso, “el número, en efecto, es conmensurable, y de lo no conmensurable (*me symmetros*) no se dice un número (*arithmos*)”<sup>34</sup>. Una característica de la conmensuración para Aristóteles es que cuando conmensuramos no tenemos en cuenta las diferencias ontológicas, sino que consideramos las cosas conmensuradas como indiferenciadas, como átomos: “las cosas iguales (*isa*) y totalmente indiferenciadas (*adiafora*) las consideramos idénticas (*ypolambanomen*) en el reino de los números (*arithmois*)”<sup>35</sup>. Obviamente, son indiferenciadas en cuanto contadas, no en sí mismas. Una consecuencia de esto es que de las cosas contadas en cuanto contadas, es decir, de los individuos o *atomoi* no podemos predicar lo anterior ni lo posterior<sup>36</sup>. Aristóteles está afirmando que cuando establecemos una comparación cuantitativa o conmensuración, excluimos la consideración de las diferencias cualitativas o substanciales<sup>37</sup>.

33 *Metaph* X, 1, 1053a 25-28.

34 *Metaph* V, 15, 1021a 5-6.

35 *Metaph* XIII, 7, 1082b 7-9.

36 *Metaph* III, 3, 999a 12-13.

37 Dice Santo Tomás: “*manifestum est quod inter individual unius speciei, non est unum primum et aliud posterius secundum naturam, sed solum tempore*”. In *Metaph*, 438.



## 46 2. La comparación por intensidad del grado de la cualidad

Sin embargo, el mismo Aristóteles considera la posibilidad de medir la cualidad. En las *Categorías*<sup>38</sup> dice que las cualidades admiten grados, como una cosa es más blanca que otra. Es decir, se pueden asignar números a una escala cualitativa. Aristóteles pone también un ejemplo económico: gracias a la moneda podemos conmensurar cosas distintas según la necesidad que tenemos de ellas<sup>39</sup>. No obstante, Aristóteles reconoce que esto supone una tensión: “Sin duda, en realidad es imposible que cosas que difieran tanto lleguen a ser conmensurables, pero esto puede lograrse suficientemente para la necesidad”<sup>40</sup>. Por otra parte, como también dice en las *Categorías*<sup>41</sup>, la escala tiene sus límites ya que mientras que la cantidad no admite contrarios, la cualidad lo hace. Se trata de una comparación por intensidad de la cualidad. Esta medición supone una convención bien limitada: pretende expresar unas diferencias de cualidad a través de otro accidente.

Santo Tomás desarrolla la causa de esta limitación en la *Cuestión Disputada sobre las virtudes en general*, al preguntarse si la virtud infusa aumenta (a. XI). El argumento de Santo Tomás es que las variaciones de la forma accidental (una cualidad) son del sujeto en relación a dicha forma, no de la forma misma. Lo que cambia -o lo que difiere- no es la cualidad sino el sujeto de inherencia de ésta: “que alguna cualidad aumenta no significa otra cosa sino que el sujeto participa más de la cualidad; ya que no es propio de la cualidad el

38 *Categorías* VIII, 11b 26.

39 *Ética Nicomaquea* V, 5, 1133a 20 y ss.

40 *Ética Nicomaquea* V, 5, 1133b 19-23.

41 *Categorías* VI 5b 11 y 8 10b 13.



## RELEVANCIA DE LA RACIONALIDAD PRÁCTICA EN LA ECONOMÍA

47

tener otro ser sino el que tiene en el sujeto” (c.)<sup>42</sup>. Las cualidades en abstracto ni aumentan ni disminuyen. Santo Tomás se pregunta en el mismo artículo por qué se acude al cambio cuantitativo para describir un cambio cualitativo (“alteración”). La explicación que ofrece está llena de sentido común. Dice: “así como a partir de las cosas más conocidas llegamos al conocimiento de las que lo son menos, así también a partir de lo más conocido designamos lo que es menos (...). [P]orque el movimiento de la sustancia según la cantidad es más perceptible que el movimiento según la alteración, entonces los nombres que convienen al movimiento según la cantidad se derivan a la alteración” (c.). Se trata de una predicación “per similitudinem” (ad 1). Lo que se explica de la alteración de la cualidad parece aplicable a la comparación cualitativa. Un producto que cuesta 10 pesos no es el doble de necesario que uno que cuesta 5 pesos. La diferencia de precio sólo significa que, si estoy dispuesto a pagar el doble, es probablemente porque necesito o valoro más el producto más caro.

Esta cuestión resulta clara para Keynes: “Cuando describimos el color de un objeto como más azul que otro, o decimos que tiene más verde, no queremos significar que el color del objeto posea más o menos cantidades de azul o verde; significamos que el color tiene una cierta posición en un orden de colores y que está más cerca de un color estándar que el otro”<sup>43</sup>. Afirma también:

“La cualidad objetiva medida puede no poseer estrictamente una ‘cuantitividad’ numérica, aunque tenga las propiedades necesarias como para medirla a través de su correlación con números. Los valores asumidos pueden ordenarse (...); Pero no se sigue de esto que la

42 Véase también *Suma Teológica* I, q.110, a. 2 c y demás pasajes consignados por Laura Corso de Estrada en la nota 17 de las pp. 207-208 de la edición de la Cuestión usada.

43 Keynes, J.M. (1973), pp. 38-39.



**48** afirmación de que un valor es el *doble* de otro signifique algo (...) Por tanto, un intervalo igual entre números que representan *ratios* no corresponde necesariamente a intervalos iguales entre las cualidades medidas; porque estas diferencias numéricas dependen de la convención que hayamos adoptado”<sup>44</sup>.

Un auto puede ir al doble de la velocidad de otro (conmensuración), incluso podríamos decir que hoy hace el doble de calor que ayer (comparación por intensidad de cualidad), pero es más difícil decir que un cuadro es el doble de bello que otro. De hecho podemos afirmarlo, incluso basando nuestra afirmación en una evaluación de diversos aspectos de los cuadros en cuestión a los que les asignamos un puntaje, otorgándole así cierta pretensión de objetividad (como sucede a veces en la evaluación de los proyectos de investigación o en un concurso académico). Pero no será más que una aproximación inexacta y discutible. Este es un procedimiento constante en la economía, que suele olvidar esas limitaciones.

### 3. La comparación por prioridad o posición

Volvemos a Aristóteles en las *Categorías*. Nos dice que un hombre no es más hombre que otro, como lo blanco es más blanco que otro blanco y algo bello más bello que otro. La substancia no admite un mayor o menor<sup>45</sup>. Sin embargo, un cierto hombre es más substancia que la especie hombre y el género animal, y de dichas substancias secundarias, la especie es más substancia que el género, pues está más cerca de la substancia primaria<sup>46</sup>. Es decir, esta comparación no es por intensidad de grado.

Pienso que es este tipo de comparación el que nos puede ayudar a salir del problema de la inconmensurabilidad de los fines de segun-

<sup>44</sup> Keynes, J.M. (1973), p. 50.

<sup>45</sup> *Categorías* V, 3b 33 - 4a 9.

<sup>46</sup> *Categorías* V, 2b 7-8.



do orden. Aristóteles señala en los *Tópicos* que cuando se busca un bien a causa de otro, una vez obtenido el otro, el primero no añade nada<sup>47</sup>. El ejemplo que pone es el de la salud y su recuperación. La recuperación no añade nada a la salud porque se busca a causa de ésta. Donde hay prioridad no hay conmensurabilidad ni comparabilidad por intensidad.

Aristóteles dice, contra Platón, que “las nociones de honor, prudencia y placer son otras y diferentes precisamente en tanto que bienes; por consiguiente, no es el bien algo común según una sola idea”<sup>48</sup>. Esta es una buena cita para los inconmensurabilistas. Pero lo que no advierten es que lo que Aristóteles está rechazando no es la posibilidad de comparar los fines sino la de conmensurarlos. La falta de un elemento común, en efecto, impide la conmensuración o la comparación por intensidad cualitativa, pero no la comparación por prioridad. Frente a la realidad patente de que conseguimos comparar, Chang<sup>49</sup> insiste en buscar un *covering value* innominado que haría posible la comparación. Pero el problema no está en la falta de nombre del *covering value* sino en la falta de necesidad de éste para comparar.

¿Cómo comparamos en estos casos? Ordenando jerárquicamente según algún criterio que permita percibir las diferencias, no mediante una medida común. Hay un tipo de substancia que es la primera y es más que la segunda. Podríamos decir que ambas son substancias pero que la distinción entre Sócrates y el género animal, o entre el

47 *Tópicos* III 2 117a 16-21: “Además los bienes más numerosos [son preferibles] a los menos numerosos sin más o a aquellos que están incluidos en otros, a saber, los menos en los más. (Objeción: si coincide que el uno es en vistas al otro, en cuyo caso los dos juntos no son en absoluto preferibles a uno de ellos, v. g.; el curar y la salud respecto a la salud, pues deseamos curarnos con vistas a la salud)”.

48 *Ética Nicomaquea* I, 6, 1096b 22-5. Véase también *Política* III, 12, 1283a 1ss.

49 Chang, R. (1997).



**50** honor y la vida contemplativa, por una parte, es de otro orden que la distinción entre un azul y otro azul más intenso o entre un día más caluroso y otro, por otra parte. El honor, la prudencia y el placer son bienes, pero bienes diferentes. La palabra bien, en este caso, se usa analógica no unívocamente, por eso no da pie a una conmensuración, pero sí a una comparación<sup>50</sup>. No se trata de una estimación cuantitativa ni cualitativa que se basa en algo en común, sino de una comparación práctica posibilitada por una ordenación jerárquica de prioridad de *bienes distintos*. Flannery le llama un “ranking de segundo orden”<sup>51</sup>: se relacionan los *logoi* a través de otro *logos*; es decir, se recurre a la analogía.

Santo Tomás de Aquino también arroja luz sobre esta cuestión. Los términos analogados son predicados según un orden de anterior y posterior (*prius et posterior*, e.g.,<sup>52</sup>). Considerado el carácter analógico del término bien, resulta que “no puede haber una idea común del bien”<sup>53</sup>. Las diversas predicaciones no implican una *ratio communis*<sup>54</sup>. Pero al negar la existencia de un bien común, opina Santo Tomás, Aristóteles no está negando la existencia de un bien separado al que se ordena todo el Universo, sino que niega que ese bien sea una idea común de todos los bienes<sup>55</sup>. El honor, la prudencia y el placer no sólo difieren en cuanto a su razón propia, sigue Santo Tomás, sino también en cuanto a su razón de bondad<sup>56</sup>.

50 Sobre la multivocidad del bien en Aristóteles, véase Irwin, T.H. (1981), pp. 539-540.

51 Flannery, K.L. (2001), p. 99. Agradezco a Mario Silar que me pusiera en contacto con este concienzudo estudio.

52 *In Eth* I, 6, 80.

53 *In Eth* I, 6, 80.

54 *In Eth* I, 6, 81.

55 *In Eth* I, 6, 79.

56 *In Eth* I, 7, 94.



Entonces, estos fines de segundo orden se pueden comparar según un antes o después, por proporción: como la vista es un bien del cuerpo y el intelecto del alma<sup>57</sup>. También se podrían ordenar por su contribución al último fin, esa actividad del alma denominada felicidad: este es un *logos* que permite ordenar jerárquicamente los *logoi*. Sin embargo, en este pasaje Aristóteles prefiere la ordenación según un antes y un después. Santo Tomás sólo lo glosa al respecto, diciendo “ahora prefiere este tercer modo [de predicar de cosas por razones no totalmente diversas, sino que convienen en algo] que se toma según la bondad inherente a las cosas [el analógico que determina un antes y un después]. En cambio, los dos primeros modos [en relación al principio y al fin] se toman según la bondad separada, por la cual algo no se denomina así con propiedad”<sup>58</sup>. Esto no supone, como también señaló Tomás de Aquino, que Aristóteles descarte la función del último fin como ordenador de los fines de segundo orden<sup>59</sup>. Que la felicidad es principio y fin está indicado en muchos pasajes: por ejemplo, cuando afirma que “la felicidad es el fin (*télos*) de los actos”<sup>60</sup>, y también que es principio (*archè*) “ya que todos hacemos por ella todas las demás cosas”<sup>61</sup>. Es decir, la relación entre fines de segundo orden y último fin se rige según las tres formas de la analogía contempladas en este pasaje aristotélico de *Ética Nicomaquea* I, 6 y en su comentario tomasiano. En palabras de Ralph McInerny, el primer analogado debe ser o bien una causa eficiente, o final o material<sup>62</sup>.

57 *In Eth* I, 7, 96.

58 *In Eth* I, 7, 96.

59 Que es un *leit-motiv* del libro de Kraut, R. (1989).

60 *Ética Nicomaquea* I, 7, 1097b 21-22.

61 *Ética Nicomaquea* I, 12, 1102a 2-3.

62 McInerny, R. (1961), p. 94.



**52** Es interesante agregar que para Aristóteles, tanto la *praxis*, como la actividad contemplativa y Dios son *energeiai*. ¿Podemos decir que el ser *energeiai* es algo en común? En algún sentido si lo es, pero no como una comida está más caliente que otra. “Estar en acto *-energeia-*, señala el Estagirita, no se dice de todas las cosas en el mismo sentido sino analógicamente *-analogon-*”<sup>63</sup>.

La captación de la jerarquía de los fines de segundo orden es una tarea de la razón práctica tanto para diseñar un borrador de nuestro plan de vida, como para cada decisión concreta vinculada a nuestra vida práctica<sup>64</sup>. Por eso pienso que los inclusivistas no se explican la capacidad práctica de comparar: al no considerar a la felicidad como una actividad diversa a los fines de segundo orden, no cuentan con un criterio de comparación, un *logos*, que proporciona el fin. Se encuentran frente a un conjunto de fines sin una medida en común y sólo queda la bondad inherente a éstos como criterio de comparación que determina algo anterior y posterior. Pero este ordenamiento intuitivo, agregó yo, se hace más claro y completo cuando se cuenta con un criterio externo. En efecto, volviendo a la comparación de honor, prudencia y placer. ¿Cuál es el anterior y cuál el posterior? Si estos tres fines de segundo orden fueran constitutivos del fin último sin que este último fuera algo diferente sólo nos quedaría una comparación entitativa de la “densidad ontológica” de bien involucrada en cada uno. Algo podríamos decir; quizás pondríamos en primer lugar a la prudencia, luego al honor y finalmente el placer. Pero sería

<sup>63</sup> *Metaph IX*, 6, 1048b 6-7.

<sup>64</sup> ¿Cómo se arriba a este plan y a esta decisión? Por una parte inciden sin duda la educación, el carácter, las costumbres, normas e instituciones que configuran hábitos: esto es muy aristotélico. Por otra parte, y también es muy aristotélico, se puede considerar este asunto desde el *kata physin*: “La naturaleza, dice Aristóteles, es la causante del orden en todas las cosas”. *Física VIII*, 1, 252a 12. Ambas visiones parecen compatibles. Sólo lo dejó planteado.



discutible. El militar otorgaría prioridad al honor sobre la prudencia y el político a la inversa y, además, todo puede depender de la circunstancia concreta. En realidad lo que en un caso concreto nos permitiría una comparación más clara es la referencia a la relación de estos fines con un último fin. Si no se tiene este recurso es poco explicable cómo logramos comparar. Pienso que la sorpresa de David Wiggins es muestra paradigmática de esta situación: “[los agentes individuales] pueden deliberar (...) acerca de los fines, de los constitutivos de los fines y de los medios para los fines. De alguna manera, a pesar de la intratabilidad e incertidumbre de la materia de elección, los agentes pueden arribar a juicios acerca de qué vale la pena o qué puede o no puede ser hecho por un fin. Y de algún modo, como resultado de todo esto, arriban a normas de razonabilidad compartidas, en parte no explícitas”<sup>65</sup>. La acción misma es el fin y la razón práctica es la que determina en qué consiste la acción que es el fin buscado.

Quizás la concepción de la probabilidad de Keynes da cabida a esta tercera clase de comparabilidad. Contempla la posibilidad de que haya un tipo de probabilidades que “no pertenecen a un conjunto común de magnitudes mensurables en términos de una unidad común”<sup>66</sup>. En estos casos, “el grado de probabilidad no está compuesto de material homogéneo y, aparentemente, no es divisible en partes del mismo carácter”<sup>67</sup>.

Conviene agregar algunas aclaraciones que pueden completar la comprensión de esta propuesta:

---

<sup>65</sup> Wiggins, D. (2002), pp. 373-374.

<sup>66</sup> Keynes, J.M. (1973), p. 33.

<sup>67</sup> Keynes, J.M. (1973), p. 32.



- 54** 1. Esta jerarquía puede cambiar: Taylor señala el “elemento o contexto Kairótico”<sup>68</sup>. Aristóteles habla de hacer un bosquejo (*perigraphon*) del bien que queremos e ir completándolo (*anagrapsoi*)<sup>69</sup>. Aquí también entra la posibilidad de la *akrasia*, la racionalización, y la importancia del tiempo en la vida práctica.
2. Esta jerarquía se pone en funcionamiento frente al caso concreto. No siempre tomamos decisiones “extremas”. Muchas veces varias actividades son compatibles y el problema práctico es cómo distribuir las en el tiempo. En estos casos, el problema podría transformarse en técnico y podríamos maximizar: buscar la distribución más eficiente de las acciones dentro de un tiempo.
3. A pesar del carácter cambiante del plan, los fines de segundo orden no son completamente intercambiables.
4. La armonización no sigue la pirámide de Maslow necesariamente. Necesitamos salud, casa y vestido, pero como filósofos sabemos bien que estamos dispuestos a resignar algo de todo esto en pro del conocimiento o de la amistad.
5. Una vez tomada la decisión, se puede expresar la acción como un procedimiento maximizador. Esto permite que los economistas sostengan equivocadamente que cualquier acto humano racional es maximizador. ¿Podemos expresar la decisión calculando una *ratio* de sustitución constante o variable entre los fines? Contesta Wiggins: “El incommensurabilista no negará después del evento, sin duda, que se pueda percibir esa *ratio*. Pero esto es casi vacuo y el incommensurabilista sería tonto si negara lo vacuo [...] No representa un alegato falsable acerca de los resortes de la acción del agente”<sup>70</sup>. Lo que hay detrás de todo esto no es más que una simple falacia de

<sup>68</sup> Taylor, C. (1997), p. 182.

<sup>69</sup> *Ética Nicomaquea* I 7, 1098a 20-21

<sup>70</sup> Wiggins, D. (2002), p. 371.



ambigüedad que se puede encontrar tratada en cualquier manual básico de lógica<sup>71</sup>: se está dilatando el sentido coloquial de maximización otorgándole el de racionalidad. Pero puede confundirnos haciéndonos pensar que siempre maximizamos, que hacemos todo por propio interés, hasta el mismo altruismo. Por eso según Wiggins la teoría de la utilidad es una caricatura de las decisiones y acciones humanas<sup>72</sup>. Como señala Rawls, la función de utilidad puede caracterizar la elección individual pero nunca podría ser un procedimiento de decisión de primera persona<sup>73</sup>.

### De vuelta a la economía

---

¿Qué consecuencias tiene todo lo anterior para la economía? Ya opiné que es legítimo un estudio teórico de lo práctico en la medida en que acepte las limitaciones de la inexactitud de la materia y que no pretenda ser guía para acciones concretas. Pero, ¿cómo hacer para que un economista se quede sólo en la academia? Como dice Robbins, “pocos son los que se hacen economistas por mera curiosidad; considerada como conocimiento puro, nuestra ciencia, aunque tenga sus momentos fáusticos, tiene menos atracción que muchas otras”<sup>74</sup>. La mayoría, al menos, hace consultoría, y con gran éxito. Se hacen chistes sobre los consultores pero por algo les pagan tanto. Un economista que da recomendaciones tiene que pensar en los fines, no sólo por una cuestión moral, sino de realismo.

Ahora bien, si la economía, como ciencia, sólo se quedara al nivel de los medios, no se presentaría el problema de la comparación por prioridad y podría funcionar muy bien con todo su excelente apar-

71 Por ejemplo, Copi, I.M. y Cohen, C. (1998), 6.4.

72 Wiggins, D. (2002), p. 390.

73 Rawls, J. (1971), p. 558.

74 Rawls, J. (1965), p. 7.



**56** to técnico. Esto es más fácil que suceda en ámbitos específicos, donde el fin esté claro y prefijado y entonces se aplique muy fructíferamente un análisis costo-beneficio<sup>75</sup>. La maximización es el mejor medio de asignar medios a fines dados. Anderson señala que ésta tiene un rol local en el marco señalado por el razonamiento práctico<sup>76</sup>. También lo nota Wiggins<sup>77</sup>.

Hay ejemplos fantásticos de este buen trabajo de la economía en campos como la salud, la educación, el transporte, las regulaciones y privatizaciones, la integración, supuesto que se han definido las limitaciones de orden práctico-político.

Es decir, o bien la economía se limita a lo técnico en áreas específicas, o bien, si quiere influir sobre la acción avanzando sobre el campo de los fines, debe interactuar con la racionalidad práctica, lo que supone introducir la inexactitud, horror de cualquier científico hecho y derecho. Algo así debía sospechar Robbins cuando, ya maduro, recomendó:

“Debemos estar preparados para estudiar no solo los principios económicos y economía aplicada... Debemos estudiar filosofía política, administración pública, derecho. Debemos estudiar historia, que nos da reglas para la acción y dilata nuestra visión de las posibilidades. Diría también que debemos estudiar los grandes clásicos de la literatura”<sup>78</sup>.

La conclusión más importante de este trabajo apunta a recordar las limitaciones propias de un estudio teórico de lo práctico -pues dicho

75 Finnis, J. (1997), pp. 218-219.

76 Anderson, E. (1993), p. 45.

77 Wiggins, D. (2002), p. 386.

78 Robbins, L.C. (1956), p. 17.



estudio, necesariamente, no se hace cargo de lo contingente de la acción-. Por el contrario, el estudio de la acción económica concreta requiere considerar fines y, en este sentido, hacer un espacio a la comparación -que no conmensurabilidad- de fines en la economía, resulta no sólo conveniente sino también necesario. En última instancia, se trata de reconducir la economía a un marco más amplio de tipo ético-político.

Sin embargo, la economía se divorció de la política hace bastante tiempo. Tenemos que lograr una reconciliación de la pareja. A veces, eso es posible. Pero no debe ser una reconciliación machista en la que la racionalidad instrumental absorba a la práctica<sup>79</sup>. La economía, si quiere traspasar su límite técnico, debe prestar atención y priorizar la racionalidad práctica. Como en todas las buenas parejas, aunque sea sutilmente, la que manda es ella.

### Bibliografía

Ackrill, John L. (1980), "Aristotle on Eudaimonia", en Rorty, Amélie O., *Essays on Aristotle's Ethics*, University of California Press, Berkeley.

Alkire, Sabina (2002), *Valuing Freedoms. Sen's Capabilities Approach and Poverty Reduction*, Oxford University Press, Oxford.

Anderson, Elizabeth (1993), *Value in Ethics and Economics*, Harvard University Press, Cambridge.

Anderson, Elizabeth (2005), "Dewey's Moral Philosophy", en *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, <http://plato.Stanford.edu/entries/dewey-moral/>.

<sup>79</sup> Ese es el intento de Gary Becker. Se trataría de un proyecto "machista".



**58** Aristóteles (1970), *Ética Nicomaquea*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

Aristóteles (1970), *Metafísica*, Gredos, Madrid.

Aristóteles (1982), *Tópicos*, en *Tratados de Lógica I*, Gredos, Madrid.

Aristóteles (1988), *Categorías*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Aristóteles (1989), *Política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

Aristóteles (1996), *Física*, Alma Mater, Madrid.

Buchanan, James M. (1987), *Economics. Between Predictive Science and Moral Philosophy*, Texas A&M University Press, Texas.

Chang, Ruth (1997), "Introduction", en *Incommensurability, Incomparability and Practical Reason*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 1-34.

Copi, Irving M. y Cohen, Carl (1998), *Introduction to Logic*, Prentice-Hall, Nueva Jersey.

Finnis, John (1997), "Commensuration and Public Reason", en Chang, Ruth (ed.), *Incommensurability, Incomparability and Practical Reason*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 215-233.

Flannery, Kevin L. (2001), *Acts Amid Precepts. The Aristotelian Logical Structure of Thomas Aquinas's Moral Theory*, The Catholic University of America Press, Washington D.C.

Irwin, Terence H. (1981), "Homonymy in Aristotle", *Review of Metaphysics*, nº 34, pp. 523-544.

Keynes, John Maynard (1973), *A Treatise on Probability, The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. VIII, St. Martin's Press, Nueva York.

Knight, Frank H. (1956), *On the History and Method of Economics*, University of Chicago Press, Chicago.



Kraut, Richard (1989), *Aristotle on the Human Good*, Princeton University Press, Princeton.

MacIntyre, Alasdair (1984), *After Virtue*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana.

Martínez Barrera, Jorge E. (2004), “Más allá de uno mismo: sentido de la vida y amistad según Aristóteles”, en Kelly, Thomas A.F. y Rosemann, Phillip W. (eds.), *Amor amicitiae: On the Love that is Friendship. Essays in Medieval Thought and Beyond in Honor of the Rev. James McEvoy*, Peeters, Lovaina.

McInerny, Ralph M. (1961), *The Logic of Analogy. An interpretation of St Thomas*, Martinus Nijhoff, La Haya.

Nussbaum, Martha C. (2001), “The Protagoras: A Science of Practical Reasoning”, en Millgram, Elijah (ed.), *Varieties of Practical Reasoning*, The MIT Press, Cambridge y Londres, pp. 153-201.

Parsons, Talcott (1934), “Some Reflections on ‘The Nature and Significance of Economics’”, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 48, nº 3, pp. 511-545.

Quine, Willard O. Van (1960), *Word and Object*, The MIT Press, Cambridge.

Rawls, John (1999), *A Theory of Justice*, Harvard University Press, Cambridge.

Robbins, Lionel C. (1956), “The Economist in the Twentieth Century”, en *The Economist in the Twentieth Century and Other Lectures in Political Economy*, Mac Millan, Londres, pp. 1-17.

Robbins, Lionel C. (1965), *Política y economía: disertaciones sobre economía política*, UTEHA, Méjico.

Robbins, Lionel C. (1984), *Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Mac Millan, Londres.



**60** Taylor, Charles (1997), "Leading a Life", en Chang, Ruth (ed.), *Incommensurability, Incomparability and Practical Reason*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 170-183.

Tomás de Aquino (1949), *De virtutibus in communi*, en *Quaestiones Disputatae II*, Marietti, Turín y Roma.

Tomás de Aquino (1949), *Summa Theologiae*, Marietti, Turín y Roma.

Tomás de Aquino (1964), *In Decem Libros Ethicorum Aristotelis an Nicomachum Expositio*, Marietti, Turín y Roma.

Tomás de Aquino (2000), *Cuestión disputada sobre las virtudes en general*, Estudio preliminar, traducción y notas de Laura E. Corso de Estrada, Eunsa, Pamplona.

Vigo, Alejandro (1997), *La concepción aristotélica de la felicidad*, Universidad de los Andes, Santiago de Chile.

Weber, Max [1922 (1978)], *Economy and Society*, University of California Press, Berkeley.

Wieland, Wolfgang (1996), "El individuo y su identificación en el mundo de la contingencia", en *La razón y su praxis*, Biblos, Buenos Aires, pp. 117-146.

Wiggins, David (2002), *Needs, Values, Truth*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York.